

fuerzos hizo para obligarles á seguir, no logró que diesen un paso, hasta que les alivió de tan preciosa carga. Conociendo que de aquel extraño modo quería significar el cielo el lugar en que habían de ser veneradas las reliquias de Eugenio, construyó á sus expensas en aquel sitio una suntuosa iglesia, dotándola suficientemente para que pudiese mantener un priorato de canónigos reglares. Allí permaneció el sagrado cuerpo constituyendo las delicias de los diolenses, que desde luego depositaron en él su confianza en vista de los muchos milagros que por su mediación se realizaban, hasta que esa misma confianza fué causa de que á principios del siglo nueve se vieran privados de tan estimado tesoro, por un medio muy parecido al que se le había proporcionado.

Tal era la ciega confianza que en San Eugenio tenían que cuantas gracias necesitaban se las pedían á él y no dudaban conseguir las apelando al piadoso medio de llevar en procesión sus reliquias. Llevaron una vez en triunfo su preciado tesoro hasta el monasterio de San Dionisio de París, y queriendo Dios que descansaran desde entonces en un mismo recinto las cenizas de aquellos que tan amigos fueron en la vida, hizo que no pudiesen moverlas los diolenses á pesar de haber agotado sus fuerzas en conseguirlo, viéndose precisados á volver á Deuil arrasados de lágrimas sus ojos por haber perdido las reliquias del que hasta entonces les consolaba en todas sus aficciones. Fueron encerradas en lujosa urna las cenizas de Eugenio y puestas en una capilla del citado monasterio, grabándose en su sepulcro esta inscripción: «Hic silus est Eugenius Martir Archiepiscopus Toletanus.» Junto á las de su hermano Dionisio descansaron las cenizas de Eugenio completamente ignorados de sus amantes hijos de Toledo, hasta que el año 1148, estando en ese monasterio D. Raimundo, Arzobispo de esta ciudad, de paso para el concilio de Reims, al registrar las capillas del monasterio leyó la inscripción que había sido esculpida en la urna cineraria de su predecesor: preguntó admirado á los monjes si aquel que descansaba en la urna había sido Obispo de Toledo, proporcionáronle cuantos datos les fué posible, y convencido en prueba de ellos que efectivamente aquellos eran los preciosos despojos del primer Obispo de Toledo, le dió á conocer á sus hijos á la vuelta del concilio, solicitando de los monjes, que no negasen una preciosa reliquia de Eugenio para aquella ciudad en que se perpetuaba la silla episcopal que él ocupó primero; accedieron los monjes entregándole un brazo del mártir, y desde entonces fué conocido de sus hijos, consiguiendo que más tarde fuese trasladado su cuerpo en tiempo de Felipe II, á la ciudad que tenía derecho á poseerle. ¡Qué lástima que tan sagrados despojos no fuesen antes trasladados á su verdadero sepulcro, al sepulcro de sus mayores, como fueron llevados al sepulcro de Abraham y de Isaac, los cuerpos de Jacob y de José. Fué como dice el Apóstol á los Corintios, 1.^a, cap. IX, v. 11: «¿si nos vobis

»spiritualia sminavimus magnum est si
»nos carnalia vestra metamus?» «¿si os
»hemos dado el alimento espiritual es
»de extrañar que usemos vuestras cosas
»temporales?» ¡Hospitalaria Toledo! ¿niegas una humilde sepultura al padre de tu fe? ¿no merecería un recuerdo tuyo quien murió, aunque lejos de ti, dedicándote su última mirada?

Nunca abrigaron tan ruines pensamientos tus bondadosos hijos, prueba de ello el júbilo con que recibieron los huesos de su primer Obispo, el alto aprecio en que todavía les tienen, el júbilo que sienten al conmemorar su bautismo de sangre, su nacimiento en el paraíso.

VICENTE CARDENAL MERINO.

Toledo 12 de Noviembre de 1889.

Notas perdidas ⁽¹⁾

Con rumbo al caserío,
flaca, harapienta y sin temor al frío,
por el difícil y empinado atajo
la niña caminaba,
y cuanto más en él adelantaba
le costaba el ascenso más trabajo.

Parecía en la nieve
una mancha negruzca, sucia y breve;
no obstante, era tan pura
como el rayo de luz tornasolado,
como el copo rizado
que baja lento á coronar la altura.

Pero iba mal vestida,
y aun la virtud con todos se malquistaba
si no agrada á la vista.
(Estas son cosas de la pobre vida).

.....
... Y cuanto más subía
más el frío cruel la entumecía.

De la vecina ermita
el toque lento y triste que sonaba,
en su mente evocaba
religioso deber que á orar la incitaba;
y deja el haz de leña
sobre un saliente de nevada peña.

Aquel frío homicida,
mientras la niña con fervor rezaba,
artero y sin piedad, arrebatava
el postrimer latido de su vida;
y cae en tierra inerte
por el helado soplo de la muerte.

El recio torbellino
(convulsión del vacío), se agitaba
con rapidez pasmosa, y arrastraba
la nieve de la cumbre hacia el camino.

El monte, el risco, la campiña yerta,
todo, todo lo allana
y cual si fuera cariñosa hermana
con su blanco cendal cubre á la muerta.

La madre que entretanto
la espera presa de mortal anelo,
acaso en la oración busca consuelo;
y reza, reza reprimiendo el llanto.

Y modulando al fin un «¡hija mía!»;
triste, llorosa, de sufrir cansada,

(1) Del libro *Pinceladas*.

dormida se quedó junto á la helada
losa cubierta de ceniza fría.

Y aún hay quien dice al escuchar la historia:
«Altos designios del que está en la gloria.»

R. GARCÍA DE VINUESA.

Toledo 6 Marzo 89.

GRABADOS

Puente de San Martín

A poco que se hojee la historia de Toledo se verá que desde que Tarik destruyó el puente del acueducto romano, único paso que sobre el Tajo tenían los toledanos, se conoció la necesidad de tener más de una vía sobre él, así que en 738 se construyó un puente por debajo del Alcázar y en 858 lo minaron para castigar con su desplome á multitud de toledanos que acudían á librar una batalla en favor de Ben Muza.

En la parte occidental, en la que se conoce por el nombre de Valle de Santa Leocadia, construyó Muhamud una magnífica puente, en la Luna de Xamid del año de la Egira 204 (828 de J. C.)

En 1203 fué destruido por una terrible avenida del Tajo y reconstruido en el mismo sitio que hoy llama el vulgo «Baño de la Cava», y al evacuar á Toledo D. Enrique el Bastardo, á quien venía á poner sitio su hermano D. Pedro I, lo cortó para contener la persecución.

Por fin y un poco agua arriba se echaron los cimientos de otro puente que no llegó á conclusión, porque una noche ardió la cimbra; pero reanudada la obra y llevada á feliz término, merced al arzobispo Tenorio, pudo contar Toledo con uno de los más hermosos puentes del mundo.

Nuestros lectores habrán visto en la página 5, el grabado que lo representa. Tiene cinco esbeltos ojos de sillería asentados sobre sólida roca, entre los que descuella el central, de asombrosa luz (44 metros de ancho por 31 de altura) y elegante corte ligeramente apuntado, á través del cual se presenta uno de los paisajes más pintorescos de los alrededores de Toledo.

Según los historiadores y cronistas de las Comunidades, el gran esfuerzo de los sublevados de 16 de Abril de 1520 anuló en nuestra ciudad el poder de los flamencos y como furioso alud se apoderó del Alcázar y demás fortalezas, siendo el torreón que hay sobre el estribo derecho del puente de San Martín el que más resistió, pero al fin y gracias á las exhortaciones de varios frailes se rindió la guarnición, quedando desde entonces, Toledo por las Comunidades.